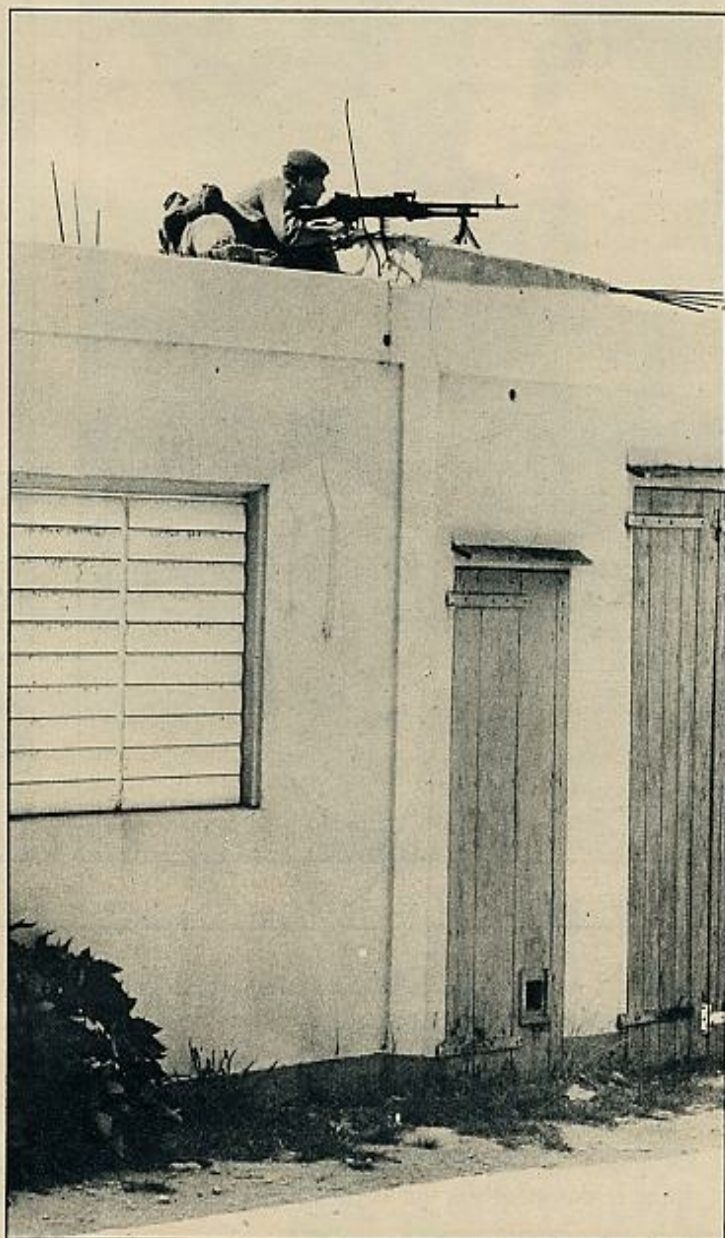


LA MINIGUERRA DE ANGUILA

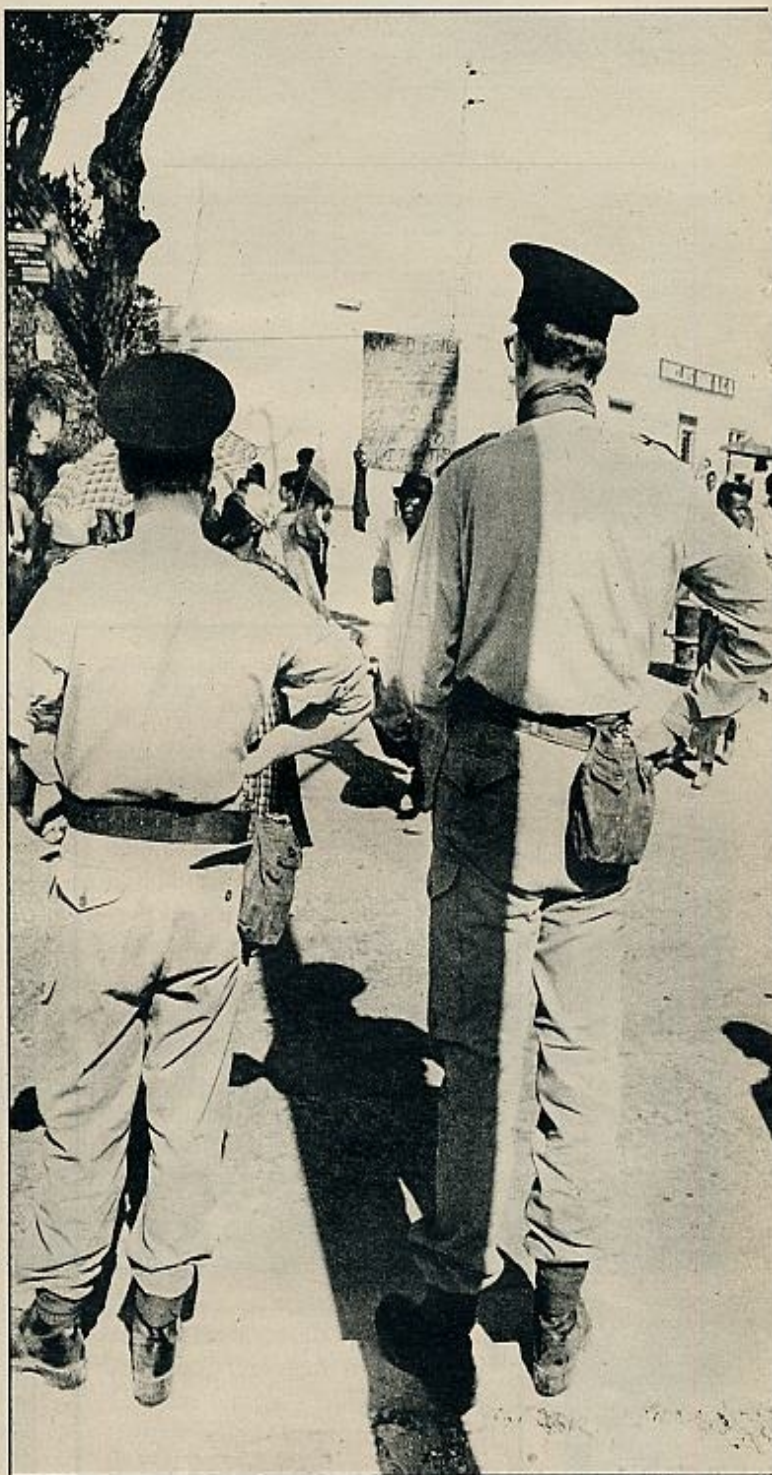




TRESCIENTOS «diablos rojos» de la XVI brigada aerotransportada de Su Majestad y cincuenta escogidos agentes de Scotland Yard han desembarcado en la isla de Anguila (88 kilómetros cuadrados y seis mil habitantes), antigua colonia británica en el Caribe. Las fuerzas militares de la isla no opusieron resistencia. La artillería, formada por un cañón de la época de Napoleón (Napoleón I), no llegó a disparar. El resto de los efectivos (cuatro viejas ametralladoras, 13 fusiles, 20 carabinas y una cantidad de dinamita que daría como mucho para abrir un pozo) no fueron utilizados. Anguila no ha sido un Vietnam para los indígenas, ni tampoco un segundo Dunkerque para los expedicionarios ingleses, que, aparte de contemplar alguna manifestación de protesta (único sistema posible para los isleños), ocuparon rápidamente la playa y se dedicaron a tostarse bajo el cálido sol del trópico. La expeditiva actitud británica ante su minúscula e indefensa ex colonia (un «ex» relativo, porque Anguila seguía muy ligada a la corona), contrasta con su lamentable inoperancia en el caso de Rhodesia... ■ (Comentario sobre el problema en la sección «En puntos.» Reportaje gráfico: HENRI BUREAU-Gamma.



ANGUILA



EN la madrugada del día de San José, los «diablos rojos» desembarcan de las fragatas de la marina real británica en las tranquilas playas de Anguila. La acción bélica más importante realizada por los soldados fue el reparto de octavillas: «Queremos acabar con toda intimidación para que podáis vivir en paz y expresar vuestras opiniones sin temor. No tenemos la intención de forzaros a aceptar una administración que no deseáis». Los isleños querían, según dicen, aprovechar los indudables recursos turísticos de la isla y apuntalar así su economía, no demasiado boyante y fundada en muy escasos productos (las famosas anguilas, que le dan nombre; los cerdos, la langosta y la sal). Inglaterra pensaba de otra forma...

